

CAL FLYN

ISLAS DEL ABANDONO

La vida en los paisajes
posthumanos



Capitán Swing 

ISLAS DEL ABANDONO

La vida en los paisajes
posthumanos

CAL FLYN

Traducción de
Lucía Barahona

Capitán Swing 

ISLAS DEL ABANDONO

La vida en los paisajes
posthumanos

Para Rich,
que me hace tan feliz.

La llamada

Islas del Forth (Escocia)

En los túneles se está fresco, pero no hace frío, como fuera. Y está oscuro, muy oscuro. El aire se mantiene casi inmóvil, aunque no del todo: un rastro de movimiento roza las hojas que yacen amontonadas entre el suelo y la pared. Tal vez esto explique mi sensación de inquietud, como si no estuviera completamente sola.

Para llegar hasta el interior del santuario, debo esquivar cuerpos de gaviotas y conejos que han quedado atrapados aquí, en el camino exterior, o que se han arrastrado hasta aquí para morir. Avanzo con el máximo cuidado posible. Pasado un rato, espantada por el destello de la linterna contra la piedra, la apago y dejo que mis ojos se acostumbren a la oscuridad. Desde donde cuelga entreabierta la pesada puerta de metal penetra una luz que me permite desplazarme por los anchos escalones de piedra y adentrarme en las entrañas del viejo fuerte.

Las paredes, que una vez estuvieron enyesadas de blanco, están salpicadas de mugre y un moho de intenso color verde se extiende por todas partes. Sin embargo, enseguida está demasiado oscuro para ver nada. A pesar de

las duras palabras que me dirijo mentalmente, siento que se me acelera el pulso. A cada paso, donde lo desconocido acecha tenebroso e imponente, necesito obligarme a seguir avanzando: tomo aire, toco la pared con los dedos, siento por dónde voy. Huele a piedra mojada, a tierra, a descomposición: el olor de la cripta. Cuando es inútil hacer otra cosa, vuelvo a encender la linterna.

De modo que es cierto. No estoy sola. O no del todo. A lo largo de las rugosas paredes mi halo de luz identifica un primer cuerpo oscuro y después otro. Descubro tres agrupados, cerca del suelo, con las alas apretadas como unas manos rezando. Tengo que arrodillarme en el polvo para observarlos, para verlos en detalle: la elaborada ornamentación de las alas exteriores; un calado de ébano y marta a través del cual brillan débiles hilos de cobre. Mariposas, todavía aletargadas. Pronto despertarán.

Esto es Inchkeith, una isla en el estuario del río Forth, a tan solo seis kilómetros de Edimburgo. A lo largo de su historia, Inchkeith ha sido muchas cosas:[1] un emplazamiento remoto para una «escuela de profetas» en los primeros tiempos del cristianismo, más tarde una isla de cuarentena para los enfermos de sífilis[2] (desterrados «hasta que Dios los provea de salud»), después un hospital para apestados e incluso una prisión en la que el agua hacía las veces de muros.

Permanecía tan aislada y, aun así, tan constantemente visible desde la capital escocesa —como un espejismo rocoso en el horizonte— que se dice que la isla se apoderó de la imaginación del rey Jacobo IV de Escocia, quien vio que en Inchkeith podría llevar a cabo un infame

experimento de privación del lenguaje. El rey, polímata de mente errante, estaba muy comprometido con las inquietudes de la ciencia renacentista y practicaba tanto sangrías como extracciones de dientes. Jacobo invirtió enormes sumas en la investigación alquimista, en el vuelo humano y —según un cronista del siglo XVI— en el traslado a Inchkeith de dos recién nacidos al cuidado de una nodriza sorda, con la esperanza de que, privados de la corrupta influencia de la sociedad, los niños crecieran hablando el prelapsario «lenguaje de Dios».

Conocido como «el experimento prohibido» por la crueldad de infligir un aislamiento tan extremo y un daño social irreversible a unos niños, lo cierto es que no ofreció resultados concluyentes. «Hay quien asegura que hablaban buen hebreo^[3] —informaba el astuto cronista—, pero lo desconozco». Otros evocaban un «balbuceo salvaje».^[4] Supongo que dependía del tipo de Dios que buscaran.

Con el tiempo, Inchkeith se convirtió en una isla fortaleza, ocupada de manera esporádica por los ingleses en tiempos de guerra y posteriormente —después de un gran derramamiento de sangre— por los franceses. En la Segunda Guerra Mundial, esta isla de ochocientos metros de largo alojaba más de mil soldados, con el emplazamiento de cañones costeros que vigilaban constantemente la entrada del Forth. Después del armisticio, su reducido tamaño, los daños sufridos y el difícil acceso fueron la causa de que nadie se molestase en ir a la isla en época de paz. Una vez más, Inchkeith fue abandonada.

Pero, a medida que la isla ha ido quedando relegada a la oscuridad, su importancia medioambiental ha ido en

aumento. Antes de la década de 1940, solo se tenía conocimiento de un ave marina que anidaba allí: el eider. En las décadas transcurridas desde entonces, se ha convertido en área de reproducción de más de una docena y de otros innumerables visitantes. A comienzos de verano, los acantilados estarán llenos de vida, blanqueados con excrementos, y una maraña de nidos de algas putrefactas o huevos moteados depositados directamente en la piedra abarrotarán los distintos salientes, cada especie ocupando su lugar en una estratificación vital: los cormoranes, acostados en las rocas salpicadas de agua; los monocromáticos araos aliblancos, en los tramos inferiores de los acantilados; las alcas tordas, con aspecto de gnomo y pico aguileño, en el tramo inmediatamente superior; las gaviotas tridáctilas, con su elegante escala de grises, instaladas en el ático. Todas chillando a los vecinos en una protesta continua y quejumbrosa.

Por encima de ellas, en lo que una vez fueron las tierras de pasto de los fareros, los regordetes frailecillos, con sus picos a rayas de colores, se instalan en las madrigueras. Los chochines hiemales, las golondrinas y las palomas de roca han tomado posesión de los vetustos edificios militares, que se hunden y abren como fruta podrida. Matorrales de saúco crecen en el interior de los edificios sin techo, acurrucándose como si quisieran calentarse frente a los embates del viento helado procedente del mar del Norte.

A medida que los días se vuelven más cortos, las focas grises se arrastran por las rampas de hormigón, resbaladizas a causa de las algas, para tumbarse a la débil

luz del sol: miles de ellas a la vez encuentran en mitad de un canal de navegación el refugio necesario para tener sus crías. Estas, con sus ojos de spaniel, pasan el invierno repantigadas en la frondosa hierba, recorriendo los caminos y explorando las ruinas. En torno a la misma época, las mariposas y las polillas que revolotean como humo por toda la isla empezarán a deslizarse por los oscuros túneles que surcan las laderas en busca de un lugar para hibernar: las mariposas pavo real de lentejuelas azules; las polillas heraldo, con forma de escudo o pequeños caparazones de tortuga de bordes ribeteados, como estas que tengo delante. Una de ellas mueve una pata. Las dejo tranquilas.

Me llega un soplo de aire, un leve movimiento me atrae hacia arriba. En lo más alto atisbo un tenue rayo de luz. Un ligero sabor alcalino a guano flota en el ambiente. Encuentro una puerta medio cerrada por el óxido que aún se puede abrir y entonces estoy fuera, de pie, sola en la proa de la isla, como en el mascarón de un barco, contemplando el mar desde lo que una vez fue el cráter circular de la torreta de un cañón, el último foso de defensa de una guerra concluida hace mucho tiempo.

El viento atraviesa deprisa el espacio vacío: poderosas corrientes que me dejan sin aliento. Y las aves..., las aves se elevan como una gran masa circular en movimiento. Gritan, claman furiosas por encontrarme allí ahora, en esta isla abandonada.

En este libro viajaremos a algunos de los lugares más inquietantes y desolados del planeta. Una tierra de nadie entre alambradas de púas donde los aviones de pasajeros

se oxidan en la pista tras cuatro décadas de abandono. Un claro en el bosque envenenado hasta tal extremo con arsénico que es imposible que crezcan árboles. Una zona de exclusión levantada alrededor de las ruinas humeantes de un reactor nuclear. Un mar cada vez más escaso sobre cuya orilla desierta se ha formado una playa a partir de las espigas de los peces que una vez surcaron sus aguas.

Lo que une todos estos sitios tan dispares es su abandono, ya sea como consecuencia de la guerra o de la catástrofe, de la enfermedad o del declive económico. Cada uno de estos lugares ha sido abandonado a su suerte durante años o décadas. Conforme pasa el tiempo, la naturaleza ha podido actuar sin trabas, lo que proporciona una valiosa información sobre la sabiduría de los entornos en constante cambio.

Aunque pueda considerarse un libro de naturaleza, no se regodea en el encanto de lo intacto. Y esto, hasta cierto punto, responde a una necesidad. Cada vez quedan menos lugares en el mundo —si es que queda alguno— de los que pueda afirmarse que son verdaderamente «prístinos». Estudios recientes han encontrado microplásticos y peligrosas sustancias químicas creadas por el hombre incluso en el hielo de la Antártida y en sedimentos de las profundidades marinas.^[5] Prospecciones aéreas de la cuenca del Amazonas revelan excavaciones ocultas por el bosque que forman los últimos restos de civilizaciones enteras desaparecidas hace mucho tiempo. El cambio climático provocado por el hombre amenaza con transformar hasta el último ecosistema y paisaje planetarios, y los materiales artificiales de larga duración

graban nuestra huella de manera indeleble en el registro geológico.

Nadie duda que, en términos relativos, el impacto que sufren ciertos lugares es muy inferior al de otros. Sin embargo, lo que me llama la atención no es el resplandor de la naturaleza primigenia desapareciendo en el horizonte, sino la estrecha franja de cielo iluminado que podría indicar el nuevo amanecer de un renovado estado salvaje a medida que nuevas tierras en todo el mundo caen en el abandono.

Esto es en parte un reflejo de la evolución demográfica, en tanto que la tasa de natalidad desciende en todo el mundo desarrollado y las poblaciones rurales emigran a las ciudades. En casi la mitad de todos los países, la tasa de natalidad está por debajo del nivel de reemplazo. En Japón —donde se prevé que en 2049 la población pase de 127 millones a 100 millones o menos—,[6] una de cada ocho propiedades ya está abandonada y se estima que en 2033 esta tendencia aumentará hasta llegar a casi una tercera parte de todo el parque de viviendas.[7] (Los japoneses tienen una palabra para esto: *akiya*, «hogares fantasma»).

Por otra parte, esta situación también se debe a las nuevas pautas agrícolas. La agricultura intensiva —a pesar de sus numerosos inconvenientes medioambientales— es más eficiente, porque emplea menos superficie para producir más. Por ese motivo, grandes extensiones de campos de cultivo «marginales» —sobre todo en Europa, Asia y Norteamérica— están retomando su forma más salvaje. La «recuperación de la vegetación secundaria» (es decir, antiguos terrenos cultivables y forestales) representa

hoy en día en torno a 2.900 millones de hectáreas, lo que equivale a más del doble de la superficie de las tierras de cultivo actuales. A finales de este siglo podría alcanzar los 5.200 millones de hectáreas.[8]

Nos encontramos en mitad de un enorme experimento autodirigido de retorno a la vida silvestre, porque, en el fondo, el abandono supone un retorno a la vida silvestre a medida que los seres humanos se retiran y la naturaleza reclama lo que una vez le perteneció. Esto es algo que se ha producido —y continúa produciéndose— a gran escala mientras nadie prestaba atención. Se trata, en mi opinión, de una posibilidad tremendamente emocionante. «La enorme y creciente extensión de los ecosistemas en estado de recuperación en todo el mundo —afirmaban los autores de un estudio reciente— proporciona una oportunidad sin precedentes para los esfuerzos de restauración ecológica que ayuden a mitigar una sexta extinción masiva».[9]

En el transcurso de la redacción de este libro, ha estallado una pandemia global. En este tiempo, en Internet han proliferado diversas informaciones sobre las incursiones de fauna silvestre en las calles desiertas por todo el mundo, mientras los residentes humanos permanecían confinados en sus casas. Rebaños de cabras salvajes merodeaban y saqueaban las calles de Llandudno (Gales), ciervos sika pacían en las medianas de las carreteras y recorrían los andenes de metro en Nara (Japón), los pumas acechaban en los callejones de Santiago de Chile y los canguros recorrían el distrito comercial vacío en el centro de Adelaida.

A pesar de lo impactantes que eran estas imágenes, muchas poblaciones de animales que aparecen en las fotografías más llamativas ya habitaban en la periferia de asentamientos humanos (sin ir más lejos, los turistas a menudo daban de comer con la mano a los ciervos de Nara, por lo que es probable que deambularan por las calles en busca de estos obsequios). Más que ejemplos de la recuperación de la naturaleza, podría decirse que esta encuentra la confianza para hacerse presente. No obstante, estas imágenes nos recordaron la estrecha superposición y entrelazamiento de nuestra propia esfera de influencia con el mundo no humano, incluso ahora, y la rapidez, por tanto, con la que la vida silvestre puede colonizar estos espacios si realmente fueran abandonados.

En los capítulos siguientes presento al lector la historia de doce lugares que encarnan distintos aspectos del proceso de abandono y recuperación natural. Cada una de estas ubicaciones, con un clima, cultura e historia muy diferentes, ofrece su propia receta de melancolía y esperanza, y todas juntas demuestran que cualquier sitio, independientemente del grado de devastación sufrida, puede llegar a recuperarse a su propia manera; pero también ponen de manifiesto la alargada sombra del impacto humano, que puede prolongarse durante muchos años (o décadas, o siglos) después de que estos lugares dejen de ser utilizados.

Algunos de los emplazamientos de los que hablo son literalmente islas; otros simplemente actúan como tales: enclaves silvestres en un mar de asfalto y ladrillo o en llanuras agrícolas destinadas al monocultivo. Los vastos

montones de desperdicios en West Lothian (Escocia) que conoceremos en el primer capítulo fueron descritos hace tiempo por la ecologista Barbra Harvie como «refugios insulares» para la vida, y ese es el espíritu que impregna este libro.

En la primera parte se examinarán cuatro lugares emblemáticos en los que la ausencia de seres humanos ha permitido el restablecimiento de la fauna (en algunos casos mucho más rápido de lo que cabría esperar). Analizaremos los procesos básicos de la sucesión ecológica, reflexionaremos sobre el gran potencial de la captura de carbono en terrenos abandonados y analizaremos la forma en que crisis humanas como una guerra o una catástrofe nuclear han producido zonas de exclusión que funcionan, en la práctica, como auténticas reservas naturales: la ausencia de personas, sorprendentemente, demuestra ser más beneficiosa para el entorno que lo perjudiciales que puedan ser la contaminación o los campos minados.

La tierra abandonada, por definición, perteneció alguna vez a alguien. Había previsto la presencia humana en estas historias como algo únicamente negativo, pero cuanto más viajaba e investigaba, más me daba cuenta de que realmente quedan muy pocos lugares sin ocupantes humanos (ya sean remanentes de una época anterior que se niegan a marcharse u ocupantes ilegales que se han trasladado a esa zona después de ser abandonada, huyendo de los límites normales de la sociedad o simplemente en busca de un lugar donde establecerse). Descubrí que esta era una pieza clave de la narración: las fuerzas sociales y económicas que impulsan el abandono, y las fuerzas

psicológicas que actúan sobre quienes permanecen, soportando la retirada de los otros o aflorando en su ausencia.

Prescindir de este aspecto sería, como dijo en cierta ocasión Henry James sobre su propia búsqueda de la ruina, un «pasatiempo cruel».[10] Los habitantes de lugares que han sido abandonados masivamente, en particular en la ciudad de Detroit, han terminado por exhibir su situación de una manera estética —la presentación de sus resultados fotogénicos sin contexto social—, como una forma de voyerismo o incluso como una «pornografía de la ruina». En la segunda parte del libro me centraré en el aspecto humano.

El neurocientífico David Eagleman propuso hace tiempo que morimos tres veces: la primera, cuando el cuerpo deja de funcionar, la segunda tiene lugar en el momento del entierro y la tercera «en ese instante en el futuro en que tu nombre sea pronunciado por última vez».[11]

En la tercera parte examino una idea similar: la alargada sombra que nosotros, como especie, proyectamos sobre la Tierra es una especie de vida después de la muerte. En esta sección visito lugares en los que nuestro legado pervive incluso mucho después de nuestra marcha: lugares que ponen de manifiesto que no se trata de algo tan simple como «nos marchamos y la naturaleza regresa». Estamos inscritos en el ADN de este planeta, hemos atado la historia humana a la propia Tierra. Cada entorno mantiene las huellas de su pasado. Cada bosque son recuerdos hechos de hojas y microbios que se catalogan en su «memoria ecológica». Si queremos, podemos aprender a leerla, es

decir, a observar en el mundo que nos rodea la historia de cómo se ha llegado a este punto. En Inglaterra, por ejemplo, se pueden detectar los fantasmas de bosques antiguos^[12] que ya no existen buscando especies ávidas de sombra —como las campanillas, la escorodonia, la madreselva y la hierba a ras de suelo— en la flora que ha quedado abandonada en los jardines y los arcones, especies que apuntan hacia el pasado. Este recuerdo, igual que el nuestro propio, afecta al comportamiento actual de un ecosistema.

Todo ello nos conduce a la cuarta parte de este libro, donde se ofrece el estudio de dos emplazamientos abandonados que, en mi opinión —tal vez a vosotros os suceda lo mismo—, trascienden su presente y nos brindan la visión de un futuro en el que el cambio climático y otros legados humanos llegan a crear un mundo muy diferente.

He estado dos años visitando sitios donde lo peor ya ha pasado. Paisajes destruidos por la guerra, las catástrofes nucleares, los desastres naturales, la desertificación, la toxificación, la irradiación, el colapso económico. Por tanto, este debería ser un libro sobre la oscuridad, una letanía de los peores lugares del mundo. Pero, en realidad, es una historia de redención, de cómo los escenarios más contaminados del planeta —asfixiados por las mareas negras, reventados por las bombas, envenenados por la lluvia radiactiva o totalmente despojados de sus recursos naturales— pueden rehabilitarse a través de procesos ecológicos; cómo las plantas ruderales más resistentes pueden encontrar un punto de apoyo y colonizar el hormigón y los escombros como si fueran dunas de arena;

cómo cambia la gama de sucesiones ecológicas a medida que el musgo se transforma en hierba dorada, en brillantes destellos de amapolas y lupinos, en arbustos leñosos, en cubiertas forestales; cómo cuando un lugar ha sido alterado hasta quedar irreconocible, y toda esperanza parece perdida, aún podría albergar el potencial para otro tipo de vida.

[1] Hamish Haswell-Smith, *The Scottish Islands*, Edimburgo: Canongate, 1996 (2015), p. 503.

[2] Hugo Arnot, *The history of Edinburgh, from the earliest accounts to the present time*, Edimburgo: William Creech, 1788, p. 260.

[3] Robert Lindsay sostiene en *The historie and cronicles of Scotland* (vol. 1, Edimburgo: William Blackwood and Sons, 1899, p. LXIX) que las observaciones contenidas en este libro proceden de varios manuscritos de «fecha desigual» y probablemente de dos manos diferentes. En otro sitio aparece como «Robert Lindesay de Pitscottie» e informaba de lo siguiente: «Algunos hablan bien el hebreo, pero, en cuanto a mí, solo sé lo que ha escuchado el autor», citado en R. N. Campbell y R. Grieve, «Royal Investigations of the Origin of Language», *Historiographia Linguistica*, 9 (1-2), 1982, pp. 43-74, 241, doi:10.1075/hl.9.1-2.04cam.

[4] John Pinkerton, *The history of Scotland from the accession of the house of Stuart to that of Mary*, Londres: C. Dilly, 1797, citado en Campbell y Grieve, «Royal Investigations of the Origin of Language», p. 51.

[5] Véanse Greenpeace, «Microplastics and persistent fluorinated chemicals in the Antarctic», 2018; A. Kelly, D. Lannuzel, T. Rodemann, K. M. Meiners y H. J. Auman, «Microplastic contamination in east Antarctic sea ice», *Marine Pollution Bulletin*, 154, 2020, 111130, doi:10.1016/j.marpolbul.2020.111130; y también C. L. Waller, H. J. Griffiths, C. M. Waluda, S. E. Thorpe, I. Loaiza, B. Moreno *et al.*, «Microplastics in the Antarctic marine system: an emerging area of research», *Science of the Total Environment*, 598, 2017, pp. 220-227, doi:10.1016/j.scitotenv.2017.03.283.

[6] Estadísticas del Gobierno citadas en Mari Shibata, «What will Japan do with all of its empty “ghost” homes?», *BBC Work Life*, 31 de octubre de 2019.

[7] Hidetaka Yoneyama, «Vacant housing rate forecast and effects of vacant homes special measures act: vacant housing rates of Tokyo and Japan in 20 years», Fujitsu Research Group, 30 de junio de 2015.

[8] F. Isbell, D. Tilman, P. B. Reich y A. T. Clark, «Deficits of biodiversity and productivity linger a century after agricultural abandonment», *Nature Ecology & Evolution*, 3 (11), 2019, pp. 1533-1538, doi:10.1038/s41559-019-1012-1.

[9] *Ibid.*

[10] Citado en Rose Macauley, *Pleasure of ruins*, Nueva York: Barnes & Noble, 1953 (1996), p. xvii.

[11] David Eagleman, «Metamorphosis», *Sum: Forty tales from the afterlives*, Edimburgo: Canongate, 2009, p. 23.

[12] Véase Ian D. Rotherham, *Shadow woods: A search for lost landscapes*, Sheffield: Wildtrack Publishing, 2018.

PARTE I

IN ABSENTIA

La tierra baldía

Las Cinco Hermanas (West Lothian, Escocia)



El *bing* de las Cinco Hermanas.

© Dave Henniker, 1975.

Veinticuatro kilómetros al suroeste de Edimburgo, en un apacible paisaje verde, se eleva un puño rojo: cinco picos como cinco nudillos de grava dorada y rosa unidos por la hierba y el musgo, como una cordillera marciana o terraplenes a gran escala. No son más que montones de residuos.

Cada pico se alza en una cresta afilada, y todos arrancan en un mismo punto y se abren hacia fuera con geométrica sencillez, como un abanico. Antiguamente, los vagones que recorrían las vías de estas crestas transportaban toneladas de humeantes rocas trituradas: los desechos de los inicios de la industria petrolera moderna.

A lo largo de aproximadamente seis décadas a partir de 1860, Escocia fue el principal productor de petróleo del mundo gracias a un innovador método de destilación que transformaba la lutita bituminosa en combustible.^[13] Estos extraños picos se han convertido en un monumento a aquellos años,^[14] cuando ciento veinte instalaciones escupían, rugían y extraían seiscientos mil barriles anuales de petróleo en una zona que poco antes había sido una tranquila región agrícola. El proceso, sin embargo, era costoso y laborioso. Para extraer petróleo era necesario destrozar y sobrecalentar la lutita, lo que generaba grandes cantidades de residuos: por cada diez barriles de petróleo se producían seis toneladas de desechos de lutita; un total de doscientos millones que a alguna parte tenían que ir. De ahí estos enormes montones de escoria; veintisiete, de los cuales sobreviven diecinueve.

Pero decir que son «montones de escoria» resta importancia a su tamaño, su altura, su presencia constante en el paisaje; antinaturales tanto en la forma como en la escala. Reciben el nombre local de *bing*, que procede del nórdico antiguo *bing*: un montón, un vertedero, un contenedor.

Esta formación en concreto, la pirámide de cinco puntas, se conoce como las Cinco Hermanas. Cada una de las

hermanas asciende gradualmente hasta su punto más alto, para luego caer de forma abrupta. Se elevan en un paisaje llano y, por lo demás, poco llamativo —campos embarrados, postes de alta tensión, balas de heno, ganado— para convertirse en los hitos de interés más significativos de la región. Son piramidales o cuadrados, orgánicos y lumpen; otros incluso ascienden con desnudas laderas rojizas en mesetas parecidas a la de Uluru.

Las que en un principio fueron meras protuberancias crecieron hasta convertirse en montones cambiantes que adoptaban nuevas formas, a la manera de las dunas. Después fueron lomas. Finalmente se convirtieron en montañas hechas de pequeños trozos de piedra del tamaño de una uña o una moneda y con la frágil textura de un pedazo de terracota. Estas montañas crecían y se extendían a medida que sobre ellas vaciaban una carretilla tras otra. Surgían de la tierra como panes en un horno, tragándose todo lo que encontraban a su paso: cabañas con techo de paja, corrales, árboles. Bajo el brazo más septentrional de las Cinco Hermanas yace una casa de campo victoriana entera (de piedra, imponente, con amplios ventanales y una cúpula central) sepultada bajo la lutita.^[15]

La producción de petróleo continuó a escala masiva en este lugar hasta que se impusieron las ingentes reservas de petróleo líquido de Oriente Medio. En Escocia, la última mina de lutita cerró en 1962, lo que puso punto final a una cultura local y a una forma de vida y dejó los pueblos sin las minas que les proporcionaban empleo. Solo quedaron los enormes *bings* de color rojo ladrillo como recuerdo. Durante mucho tiempo, la gente detestaba estos *bings*;

estos residuos estériles que dominaban la línea del horizonte solo servían para recordar a los habitantes de la región una industria en bancarrota y un entorno saqueado. Nadie quiere ser definido por sus montones de basura, pero ¿qué se podía hacer con ellos? No estaba claro.

Algunos de ellos se nivelaron. Más tarde, otros volvieron a convertirse en canteras, porque las pequeñas lascas de piedra roja —que allí reciben el nombre técnico de *blaes*— encontraron una segunda vida como material de construcción. Durante un tiempo se las vio por todas partes convertidas en bloques de construcción de color rosado, utilizadas como relleno de autopista y como pavimento de todos los campos de deporte de Escocia para todo tipo de clima, incluido el de mi instituto. Cuando te raspabas la rodilla, la arenilla se te incrustaba, se acumulaba en tus zapatillas de gimnasia, dejaba una estela de polvo en las barras de salto, que también servían como postes de portería; es decir, formaban el telón de fondo de color rojo ladrillo de nuestra mayoría de edad comunitaria. Pero, en su mayoría, los *bings* permanecían abandonados e ignorados. Con el tiempo, los pueblos que vivían a su sombra fueron acostumbrándose a su callada presencia, incluso disfrutándolos.

Es fácil dar con los *bings*. Pueden vislumbrarse a kilómetros de distancia. Solo hay que llegar en coche hasta ellos, hasta que es imposible acercarse más, y saltar la valla. No se anuncian a bombo y platillo. Son montones de escombros del tamaño de una catedral, un hangar o un edificio de oficinas, formaciones artificiales que se elevan en el campo.

Mis tíos viven en West Lothian, no muy lejos de las Cinco Hermanas y más cerca todavía de su primo mayor, en Greendykes. La última vez que fui de visita, mi pareja y yo hicimos un desvío para escalar aquel gigante dormido. La luz era tenue y plateada, el cielo estaba gris con nubes que parecían de algodón. Aparcamos en una zona industrial semiderruida, entre cabañas Nissen oxidadas y letreros descoloridos, y nos adentramos en un paisaje de una singularidad casi increíble, como si fuéramos los primeros colonizadores en un planeta nuevo. Esculpidos por el viento y por la lluvia, había salientes y pedruscos compuestos de un compacto conglomerado de *blaes*, una forma de roca propia de rojo marciano y gris violáceo en la que la capa exterior del *blaes* descascarillado revelaba piedras más recientes —con ese aspecto liso y casi grasiento del sílex astillado y un matiz verde oliva— que la oxidación aún no había decolorado.

Profundos estanques color verde botella se acumulaban en las oquedades de la base de la ladera, al pie de cada barranco y hondonada formados por los bordes arrugados de la pendiente, cuyos contornos destacaban en el amarillo verdoso de la maleza del estanque y la finísima hierba que se entremezclaban en los bajíos. Los nenúfares se asomaban a la superficie y sobre ellos patinaban diminutos insectos. Abedules delgados como un látigo brotaban con insólito fervor de sus lechos de grava, con una piel sedosa y brillante y pequeños capullos de delicadas hojas nuevas. Recorrimos una senda sumamente estrecha flanqueada por abedules y aparecimos en la base misma del *bing*, desde donde vimos que sus grandes faldones rojos se alzaban

ante nosotros con unos contornos y grietas muy marcados entre la vegetación y estriados con múltiple caminos.

Comenzamos la ascensión, avanzando con dificultad. El *blaes* se había solidificado en un denso conglomerado hasta formar superficies rocosas en algunos sitios y derrubios en otros. Allí donde la tierra se había deslizado, la capa más externa estaba cubierta de hierba que parecía arrugada, como ropa sucia, y al pisarla nos quedábamos clavados, como si atravesáramos una costra de nieve. La arenilla se acumulaba en nuestros zapatos. Tuvimos que parar para vaciarlos y me asaltó una cierta nostalgia.

Llegamos a la cima a duras penas, una elevación azotada por el viento que ofrecía vistas panorámicas de campos yermos hasta el castillo de Niddry, una torre del siglo xvi tras la que se alzaba un nuevo *bing*: un acantilado escarpado de *blaes* desgastados de paredes rojizas con vetas verdes y grises. Detrás, en las llanuras, se elevaban orgullosos otros tantos.

La flora en aquel lugar era una extraña mezcolanza. Era difícil hacerse una idea del tipo de clima en el que nos encontrábamos. Los brotes bermejos de los epilobios o adelfillas trepaban hasta la cima, como en cualquier otro sendero del país. Sin embargo, más allá de eso, la vegetación era escasa y de aspecto subártico: un tupido montón de hojas suaves al tacto, florecitas estrelladas y hierba corta y dorada. Pero también había tréboles rojos, con sus dulces cabezuelas llenas de néctar que justo empezaban a abrirse, y orquídeas moteadas. Los primeros abejorros del año se dejaban ver por allí; encendían sus motores. De la gravilla surgían capullos y brotes. La tierra

disfrutaba, se calentaba, lista para florecer. Estábamos a finales de abril. Era imposible no pensar en T. S. Eliot:

[...] brotar
lilas en el campo muerto, confunde
memoria y deseo, revive
yertas raíces con lluvia de primavera.[16]

Ya en 2004, la ecologista Barbra Harvie realizó un estudio de la flora y fauna de los *bings* y, para sorpresa de casi todo el mundo, descubrió que, mientras nadie les había prestado atención, se habían transformado en insólitos epicentros de la vida silvestre. Los denominó «refugios insulares»: pequeñas islas salvajes en un paisaje dominado por la agricultura y el desarrollo urbano.[17] Liebres y tejones, lagópodos escoceses, alondras, sortijitas y esfinges moradas, mariquitas de diez puntos. Entre la flora, destacaban una variada gama de orquídeas —la helleborine de Young, una flor delicada de numerosas cabezas verde y rosa pálido extremadamente difícil de ver que solo se encuentra en diez lugares en Gran Bretaña (todos postindustriales y dos de ellos, *bings*); la orquídea púrpura temprana de tonos malva; el satirión verde, con sus pétalos alados— y un bosque de abedules genéticamente diferenciado que se había establecido de forma natural al pie del pequeño *bing* en Mid Breich.[18]

En total, Harvie registró en los *bings* más de trescientas cincuenta especies de plantas —más de las que se pueden encontrar en el Ben Nevis—,[19] incluidas ocho especies raras en el ámbito nacional de musgo y liquen, entre ellas el exquisito musgo gorra de duende pardo, cuyos finos zarcillos se elevan al cielo como un ejército en miniatura.

Por arte de magia, en el transcurso de medio siglo estos páramos, antes áridos, cobraron vida.

Los habitantes de las tierras baldías de Eliot —o algunos de ellos— se han revelado como sus coetáneos: los trabajadores modernos que van y vuelven del trabajo inundando el Puente de Londres al amanecer; los mecanógrafos solitarios que matan la tarde en cuartos alquilados. De algún modo, todos somos todavía residentes de la tierra baldía y allí, de pie en la proa de aquel gran monumento a la degradación ecológica, pude sentirlo vivamente.

¿Cuáles son las raíces que prenden, qué ramas
se extienden en estos pétreos escombros?

La tierra baldía de Eliot parte del «bosque peligroso» de la mitología celta,[20] una tierra «estéril hasta lo indecible» que el héroe debe atravesar para encontrar el Otro Mundo, o el Santo Grial. Los *bings* también te permiten a estas alturas hacerte una idea de lo que podría haber al otro lado: recuperación, regeneración. Un tenaz ecosistema en proceso de construir vida nueva, de salir de los escombros. De empezar de cero y crear algo hermoso.

Sometidos a una temperatura de quinientos grados centígrados antes de ser desechados, todavía candentes, los *blaes* habrían formado inicialmente un vasto desierto estéril desprovisto de semillas y esporas. Por tanto, la regeneración que hoy puede verse comenzó desde el cero más absoluto —sin tierra, sin nada—, como parte de un proceso que se conoce como «sucesión primaria».

Primero llegaron los pioneros: líquenes foliosos de encaje y rizados en los bordes que crecen en arrecifes de tipo coralino; *Stereocaulon*, los líquenes de nieve que van formando una corteza. Musgos verdes que se extienden sobre la grava como una manta de pícnic suave y acogedora. Después las plantas ruderales —de la voz latina *rudera*: «de los escombros»—, las flores silvestres y las hierbas con raíces profundas que colonizaron las pendientes de pedregal suelto, estabilizándolas como hace el carrizo en las dunas de arena. Vulneraria y linaria, campanillas y llantenos, crestas de gallo, sagina, verónica, mirra olorosa. En las húmedas grietas arraigaban las semillas de majuelo, escaramujo y abedul.

Todas ellas se materializaron como por arte de magia: arrastradas por el viento, propagadas por medio de las aves o en los excrementos de los animales (lo que los ecologistas llaman poéticamente «lluvia de semillas»). Son los escasos supervivientes de un programa experimental mucho mayor, las exiguas resistentes que encontraron un punto de apoyo en los montones de residuos y lograron salir adelante. Cuantas más haya, más fácil es para las demás. A medida que la materia orgánica se acumula como mantillo de hojas, madera seca y algas, actúa como abono para la siguiente generación. En un primer momento, los *bings* habrían sido pobres en especies, y más adelante un conjunto variable habría ocupado sus paredes ensayando nuevas formas de lo que podrían llegar a ser. Especies de montaña, maleza común, plantas ornamentales sueltas. Con el tiempo, las especies se acumulan, se asientan. En nuestros días, los